

T

Archivo Histórico de Barcelona
Casa de la Ardaca
Santa Lucía, 1



SEMANARIO ANARQUISTA

Libertad

AÑO V - NÚMERO 169 - 15 CENTIMOS

BARCELONA

TOLERANCIA

No ha expuesto nadie hasta aquí, y difícilmente se logrará exponer si conservamos un poco de sentido libertario, una doctrina anarquista basada en la intolerancia, es decir, en algo así como la propiedad privada de las ideas. Dondequiera que advirtáis intolerancia, estad seguros de que está ausente la anarquía — la anarquía en tanto que idea y en tanto que sentimiento.

El intolerante es siempre, cualquiera que sea el nombre o el credo que pregone, un heredero de Torquemada o un fanático de partido, es decir, un hombre de religión exclusiva o de partido también exclusivo. La anarquía no entra para nada en esa mentalidad; al contrario, la niega radicalmente.

Hay mil soluciones a los problemas sociales, hay mil caminos para ir a Roma, hay mil matices en una doctrina como el anarquismo, que tiene un fondo individual tan nito y permanente. Sin contar el grado diverso y las razones con que cada uno se adhiere a nuestras ideas.

Ese espectáculo, a nosotros, que tenemos opiniones tan formadas como las que más, no nos desmoraliza, no nos pone en cólera, no nos hace empuñar con aire de Catones o con furia de endemoniados el látigo para fustigar a los que no piensan como nosotros, a los que no repiten amén a cuanto decimos. Nos interesa en primer lugar la coincidencia y la armonización para la lucha por objetivos revolucionarios libertarios; y esa coincidencia y esa armonía son posibles aun sin el previo acuerdo ideológico al 100 por 100. Acuerdo que no buscamos tampoco, por mucho que sea el apego a las propias interpretaciones, pues sabemos de antemano que sería un absurdo y más nocivo que benéfico. El anarquismo es, ha sido y será una multitud de voces, de matices, de experiencias distintas; tiene un denominador común: la lucha contra la autoridad del hombre sobre el hombre y su consecuencia, la explotación del hombre por el hombre. Esa lucha sin límites puede llevarse a cabo de mil maneras, con tácticas muy diversas y no obstante siempre anarquistas.

Cuando se pide un acuerdo para la acción conjunta, no se hace a condición de la renuncia de cada uno a su mundo propio de ideas, de afinidades, de experiencias, sino en la conciencia de que el resultado de esa acción conjunta nos beneficiará a todos en la lucha por la libertad. Y ese acuerdo lo pediremos incesantemente, al mismo tiempo que expresamos nuestro respeto a las modalidades y matices distintos de que se compone el movimiento total.

Es decir, somos tolerantes, y somos tolerantes porque somos anarquistas. Y el día que no lo fuésemos es que habríamos dejado de serlo. El día que nos veáis arremeter y tratar de adversarios, de enemigos a quienes no piensen en todo como nosotros dentro del campo libertario, es que habremos dejado de ser lo que somos. Ese momento, por nuestra parte, si la razón nos asiste, no llegará.

Incluso hacemos lo que podemos porque cada compañero se convierta en una personalidad propia, con pensamiento independiente, según su capacidad y según su espíritu; porque sea mayor de edad y sea capaz de reflexionar autónomamente y formarse un juicio personal sobre todas las cosas y todos los hechos. Y no obramos así para hacer discípulos obedientes y sumisos, sino para hacer compañeros, iguales entre iguales.

Hay, en mayor abundancia de la que sería de desear, compañeros que se atribuyen la misión — se la atribuyen, porque nadie les ha dado patente para ello — de velar a su manera por quién sabe qué principios en peligro. Los encontraremos permanentemente irritados, vigilantes, enfurecidos contra alguien o contra algo. En nombre de la libertad quisiéramos amordazar al que no piensa como ellos. No se trata de aquellos casos manifiestos de deserción o de traición que no requieren ningún anatema, porque los desertores o traidores están ya en el puesto que les conviene, sino de compañeros que, erróneamente o no, disienten en tal o cual punto teórico o táctico de lo que esos guardadores de los principios estiman fundamental. Y viene la guerrilla, la excomunión, la persecución, la sanción (una palabrita poco digna de figurar entre el léxico habitual del anarquismo, que quiere una moral sin obligación ni sanción).

Aparte del derroche de energías que esa obra negativa supone, aparte del crimen que representa desmenuzar y desviar la atención del movimiento sobre esas mezquindades, aparte de las consecuencias funestas que esa táctica acarrea, porque así no se construye un movimiento, sino que se destruye, creemos de nuestro deber llamar a esos compañeros la atención sobre las realidades imperiosas de esta hora. Y lo hacemos en nombre de la anarquía, que es tolerante y generosa, y no vengativa, hurañía y persecutora.

Si esos compañeros persisten en hacer de la intolerancia una plataforma de actuación, y por las decepciones de los últimos movimientos frustrados ese morbo encuentra bastante eco en el movimiento para convertirse en una enfermedad colectiva, todas las posibilidades revolucionarias del anarquismo serán malogradas por nosotros mismos.

No queremos insistir sobre esto, pero el mal señalado necesita remedio, y pronto remedio.

DE LEÓN

¿Más carne a la fiera?

Ponemos en vuestro conocimiento, para su publicación, los próximos Consejos de guerra que han de celebrarse en esta con motivo del movimiento del 8 de diciembre pasado.

El primero a celebrarse es aquel en que están encartados 14 compañeros de Veguellina de Orbigo, a los que el fiscal pide pena de muerte a dos, reclusión perpetua a 7 y 5 años a cada uno de los restantes.

El segundo Consejo consta de 49 procesados del Fabero del Bierzo; de éstos se desconoce la petición fiscal, pero os podemos asegurar que les piden grandes penas. Estos compañeros, juzgados anteriormente por lo civil, fueron condenados a 27 a dos años de prisión.

A los primeros se les juzga por agresión y rebelión, y exactamente igual a los segundos.

Sin embargo esto, compañeros, han comprobado que de todo lo que se les acusa es mentira.

Salud y revolución social os desea el

COMITÉ P. P. DE LEÓN



Sólo un obstáculo serio impide ya que los lobos de la reacción se ceban en el pueblo español: el proletariado revolucionario de las ciudades y de los campos. Si su acción de defensa y de ofensa fallase, todo estaría perdido por muchos decenios.

La libertad y el amor

Si al amor lo consideramos como necesidad fisiológica, instinto de reproducción de la especie y por lo tanto ley de vida universal, lo encontraremos en todas las especies inferiores para llegar a culminar en la humana.

Desde la fuerza de cohesión, fuerza de gravedad en la tierra y atracción universal en el espacio, hasta el «brido» supremo que funde dos cuerpos, dos conciencias, dos psiquis, hay una gama tan variada, que habríamos de investigar toda la vida y no encontraríamos el verdadero amor.

Comprendiendo que nada puede ser moral si no es espontáneo, podemos afirmar que cada uno manifestará su verdadero amor cuando tenga libertad para ello, las medidas coercitivas sólo sirven para hacer resaltar las anomalías que surgen cuando un sentimiento no puede expresarse libremente.

Hecha la crítica de la sociedad, huelga insistir en que la prostitución declarada y la hipocresía matrimonial tienen su origen en el sistema social, que condena la libre manifestación del amor por haberlo reglamentado, y que obliga a la mujer a venderse por no encontrar medios de vida para ella y para sus hijos.

Las religiones, pensando como losa de plomo sobre las conciencias, han creado un ambiente desfavorable para la libre manifestación amorosa, y sólo una mujer muy consciente y con medios propios económicos, puede hacer frente a las dificultades que presenta la sociedad a los que no siguen los caminos trillados por la ignorancia y la rutina.

Si queremos marcar una norma única para el amor libre, acudiríamos en el mismo defecto que los legisladores: ni todos los momentos de la vida, ni todos los individuos se adaptan a las mismas manifestaciones; los pueblos, como los individuos, cambian, se transforman y evolucionan de tal manera, que lo que hoy es sólo un asunto a investigar, mañana es una verdad demostrada. Siendo las transformaciones sociales un producto de las experimentadas por los individuos, no cabe duda que a medida que éstos evolucionan se van esfumando los errores colectivos, y como el amor no puede escapar a esta ley natural, a medida que los individuos van delineando su personalidad y afirmando su libertad, van desapareciendo las palabras, deshonra, deshonestidad y todas aquellas que hacen objeto de ludibrio a la mujer que se entregó libremente.

Colocados los hombres en un medio de íntegra libertad, no hay duda de que sus actos todos tomarían caracteres completamente distintos a los de ahora, y si reminiscencias ancestrales les hace cometer todavía alguna tontería o conservar costumbres de sexualidad enfermiza, esto va desapareciendo a medida que los individuos se regeneran y a medida también de encontrarse, cada día más aislados en sus vicios, pues si hoy le es posible a viejos perversos y a hombres degenerados comprar sus vicios o explotar a las mujeres, no es fácil que esto perdurará mucho tiempo en un régimen de igualdad económica y de libertad individual.

Para vislumbrar un poco el amor libre es preciso tener en cuenta la psicología individual y las influencias que las diferentes latitudes ejercen en los pueblos; poco cuesta domar, pero es preciso enfrentarse con la realidad de la vida para comprender que ésta tiene diferentes facetas y carcer de la pedantería que nos hace sentir afirmaciones, que queremos

Ante un Consejo de Guerra próximo a celebrarse contra diez y ocho compañeros de Elda (Alicante)

¡Trabajadores de todo el mundo!

Que nadie haga oídos sordos a nuestras llamadas de angustia. Mirad el ejemplo de nuestros compañeros, los trabajadores de Cataluña, que con una sola llamada de la Administración de Solidaridad Obrera, ya rebasan la cantidad de mil pesetas que pedían para cubrir la multa que el Gobierno de la pequeña «República» le puso a nuestro diario.

A nuestra primera llamada, ya respondieron: José Terol, de Silla (Valencia), con 1 peseta; Alegría, de Vizcaya, con 20 pesetas, y el Sindicato de Oficios Varios (Sección Papel), de Alicante, con 50 pesetas.

De cundir el ejemplo, pronto, muy pronto, habremos cumplido con nuestro deber de hombres solidarios, y habremos logrado la libertad de nuestros hermanos caídos en la lucha.

Hoy nos dirigimos a vosotros, militantes de la Confederación Nacional del Trabajo, militantes de la Federación Anarquista Ibérica, hombres revolucionarios, hombres de conciencia libre, personas que sintáis las injusticias de esta sociedad, para que vuestras voces no caigan en el vacío, que nuestros hermanos presos no queden desatendidos; que se diga que fueron condenados porque la justicia histórica ha cometido un nuevo crimen, pero que no se pueda decir que han sido abandonados, porque entonces, nosotros, los trabajadores que estamos en libertad, y que pensamos como ellos, entonces, repetimos, seremos nosotros los traidores que consentimos que nuestros hermanos, los presos, los caídos, los que un día estuvieron dispuestos a darlo todo, lo poco que tenían, la vida, por la causa común de todos, por el Comunismo Libertario, han sido abandonados, y que la justicia fría, sin sangre, sin entrañas, toda maldad, ha descargado sus iras contra unos hombres que todos han sido, y son, generosos, grandes, altruistas, y no tienen otro delito que pensar en la sociedad libre, sin esclavos ni tiranos.

Esperando de vosotros toda la ayuda, material primero, para salvarlos de las garras de la justicia «republicana», y moral, para no consentir que un nuevo crimen se cometa con estos aguiluchos, quedamos vuestros y de la anarquía,

LA COMISIÓN PRO-PRESOS PROVINCIALES

Alicante, 15 agosto 1934.

elevar a artículos de fe, sólo porque nuestro leer saber y entender nos parece no sólo lo más acertado, sino lo único verdadero.

Para mí el amor es la satisfacción del instinto sexual con una persona que sea algo más que tan sólo macho o hembra. Teniendo otras necesidades psíquicas, tan necesarias como la cuestión sexual, subyugadas como la cuestión sexual, algo que todo ser consciente necesita algo más que el roce de dos epidermis, y así amor será confundir o fundir los deseos sexuales en una misma satisfacción y conseguir, además de esto, una afinidad que nos haga ver en la persona amada nuestro mejor amigo. Creo sinceramente que la diferencia de gustos y afinidades, así como una discrepancia total en las cuestiones de la vida, engendran un desvío que apagan bastante la cuestión sexual.

Para mi criterio personal puede estar equivocado o derivado por un fin de causas, y creer yo que el amor verdadero es algo más que la satisfacción sexual, no quiere decir que sea la realidad del amor verdadero, y habrá de ampliar mi criterio para no condenar a las que al amor se entreguen en circunstancias diferentes a mi manera de entenderlo, siempre que sea una manifestación espontánea de su individualidad inconsciente, sin que en ello intervenga el interés, ni otra causa de las muchas engendradas por la actual sociedad.

«Buscad el reino de Dios, y lo demás os dará por añadidura», dicen los ca-

tólicos, y en el amor puede decirse: «Buscad la libertad y la sinceridad, y lo demás os dará por añadidura». No es cuestión de dogmatizar, lo es de dejar libre la manifestación espontánea, sin ganancias particulares así, quien sea partidario del amor plural lo practica, con sus afines, nunca por imposición, y quien encuentre la satisfacción completa en un solo individuo, no tolerará promiscuidades que repugnan a su manera de ser. Todo esto entra en el dominio del amor libre, no de la unión libre, como lamentablemente confunde María Lacerda, el decir: «Lo mismo en el matrimonio que en el amor libre, el hombre se siente hoguero, celoso y avaro de la mujer». Bien está cuando habla de la unión libre y dice, que hoy muchos que no se diferencian de un matrimonio, pues estando cargado el ser humano de defectos y la sociedad de incongruencias, no es extraño que esto suceda; pero, sin confundir el tabaco con las hojas, bien puede decirse que los ensayos de unión libre pueden adolecer de defectos, pero el amor libre es la liberación de todas las sujeciones que hoy rodea la aproximación de los dos sexos.

No confundamos a la joven que se vende a un viejo con dinero sin intervención de cura ni juez, a la joven, más o menos equivocada, que se entrega, sin más Dios ni santa María, en cumplimiento de una ley natural.

ANTONIA MAYMÓN

¡La mujer española debe de levantarse contra la pena de muerte!

Con el pecho rebosante de justa indignación, nos atrevemos a tomar la pluma para verter en el papel toda la congoja que nos embarga (y hablo en plural porque creo que como yo piensan todas las mujeres proletarias), persuadidas de que nuestra voz no llegará a oídos de los que rigen el país, pero sí a los de aquellos que han reivindicado su derecho a pensar, a la de aquellos espíritus elevados que tienen por norma combatir siempre la injusticia social.

Más para justificar que protestamos con razón, vamos a remontarnos un poco por el sendero claro y luminoso de la Historia.

Dícese que el mundo camina siempre, en su constante evolución, hacia el progreso; pero no podemos olvidar que a veces se produce una desviación en la marcha ascendente de los pueblos, y entonces éstos vuelven, por un plazo de tiempo más o menos corto, a las salvajes y bárbaras costumbres de los tiempos medievales. Here aquí, pues, que, en pleno siglo XX y en República, España ha sufrido esa desviación.

Hasta para el más superficial observador, no pasará inadvertido que desde que aquella guerra europea, que desoló al Viejo Continente, ha pasado a la Historia (aunque ya se vislumbra en el horizonte otra peor), la delincuencia ha adquirido desde entonces caracteres alarmantes. Aquella desastrosa campaña (no vamos a meternos ahora a ver por qué se hizo, ya que al fin y al cabo una guerra no puede nunca justificarse) dejó como huellas imborrables la crisis económica con sus compañeras inseparables: el hambre y la degeneración físico-psíquica del individuo.

Bastará con que recordemos aquellos míseros años de lucha, en que los hombres que no perdieron la vida en las trincheras, se les despertaron (a causa del medio en que vivían) los instintos salvajes que el individuo lleva en sí, para que comprendamos que la humanidad más necesitada médicos que jueces.

Volviendo, pues, al punto de partida, vemos que los gobernantes, fijándose solamente en los efectos y olvidándose de las causas que los ocasionan, han consentido que la niña República, además de la sangre con que ya está bañada, muestre en una mano la palabra «libertad» y en la otra el instrumento que la niega: la guillotina.

Y preguntamos: ¿creen los gobernantes españoles que haciendo funcionar la guillotina desaparecerán los criminales? Sabido es de todos que la última pena, al igual que las cárceles y los castigos, no son inventos modernos, cuyo resultado se desconoce, ¡no!, son viejos, tanto que les ha sobrado tiempo para poder ensayar al mundo, si es que esas medidas se aplican con tan fofole fin.

Pero no: si tal cosa fuese así, con el tiempo que hace que funcionan los presidios, deberían de haber desaparecido ya con los delinquentes y los criminales. Pues, a pesar de todo esto, se encuentra España precisamente en un período de máxima «delincuencia». ¿Por qué? No creemos que sea porque los individuos son ahora más malos que antes, sino porque la crisis económica se ha acentuado hondísimamente, porque hay crisis de educación y hasta hay crisis de sentimiento al hombre se pudo comprender que haya sido instaurada la última pena, ya que ésta, además de rechazar el corazón por inhumana, la rechaza la razón por ineffectiva.

¿Podemos consentir los españoles que se siga retrocediendo? Los gobernantes deberían de haberse fijado antes en las causas que en los efectos, y verían que los delitos, en este nuestro siglo de las luces, no se deben de corregir con bárbaros castigos, sino difundiendo la cultura, dando libertad y, sobre todo, ¡haciendo que todos coman!

Pero una vez más (como otras tantas), los políticos han demostrado su incapacidad para comprender dónde radican los cimientos de las taras humanas.

La pena de muerte debe de ser rechazada por los hombres y mujeres de sentimiento y comprensión elevada, porque es una monstruosidad castigar el crimen con el crimen, y más cuando la mayoría de las veces la culpable es la sociedad. Así, pues, las mujeres proletarias de España juntan sus voces de protesta a la de los hombres dignos que luchan por conseguir un mundo mejor, y haciendo este mismo mes cien años que fue abolido el Santo Oficio, piden que también ahora se suprima la pena de muerte. Lo piden por ellas; lo piden por sus hijos, ¡por la humanidad!, y lo piden también por la honra de esta época que se llama civilizada.

LUISA GARCÍA

Alcoy, agosto 1934.